

LA LUNA Y LA TARDE.

Abandonando celosa
Las regiones orientales,
En busca del Sol querido,
La Luna al Ocaso parte.
Allá encendieron sus celos
Los obsequios, los afanes
Que á una vírgen ¡y cuán bella!
Prodigó el pérfido amante.

Ella misma de la Aurora
Sorprendió las tiernas frases;
Ella misma vió en su frente
Las perlas y los diamantes;
Áun encontró en torno suyo
Las rosas sin marchitarse,
Y rosas más encendidas
Animando su semblante.

Hora acá, porque no quede
Traicion que no lo delate,
Perfidia que no la humille,
Ni esperanza que la engañe,
La triste á llegar acierta
Cuando otra vírgen, la Tarde,
Del amador licencioso
Lamenta las veleidades.

Los blondos rizos tendidos,
Melancólico el semblante,
Suelos de su veste al viento
Los pajizos tafetanes,
Sobre la cumbre de un monte
La halló extasiada en mirarle,
Cuando él triunfante volaba,
De su dolor sin cuidarse.

Las quejas que ésta le envia
Un punto aduermen sus males,
Que suple al bien la venganza
En despechados amantes.

Mas pronto advierte esparcidos
A las plantas de la Tarde,
Del reciente galanteo
Los despojos criminales:

Aquí relumbra un topacio,
Allí un zafiro, acá yace
Olvidado un cerco de oro,
Joyas de las sienas reales;
Y los tapetes de grana
Salpicados de diamantes,
Que en su desórden le dicen
Lo que soportar no sabe.

Pálida como la muerte,
Mirando vestigios tales,
Faltarle siente las fuerzas,
Ansias de morir sobrarle.

Una á otra, frente á frente,
Contempláronse un instante,
Cuanto en belleza distintas,

En desventuras iguales;
Y á lamentar su abandono
Entrambas fueron, la Tarde
En el seno de la noche,
La Luna en el de los mares.

À LA MUERTE.

Dulce consoladora, hija del cielo,
¡ Con cuánto amor el pensamiento mio
A tí dirige el fatigoso vuelo,
Del mundo y de la vida ya en hastío!
¡ Cuál me halaga pensar en cuándo vengas,
De tus galas angélicas vestida,
Y en tus brazos recibas y sostengas
Esta frente llorosa y abatida!

Tú me debes piedad y amor prolijo:
Si eres madre del huérfano errabundo,
Madre del infeliz, yo soy tu hijo;
Más triste corazón no lo vió el mundo.

Yo no temo de tí, ¡ oh ángel clemente!
¿ Tú hacer mal al anciano, al justo, al bueno,
A la vírgen, al párvulo inocente
A quien arrancas del materno seno?

Ciego pavor, terrena resistencia
De la tenaz raíz, que asida al suelo
No quiere fenecer; pero la esencia
De la trémula flor aspira al cielo.

Vén, abrígame ya bajo tu manto:
El mundano temor á mí no alcanza;

En tí acaba el dolor, se extingue el llanto:
Tu verdadero nombre es La Esperanza.

Y en tí sólo esperar mi ánima sabe:
Porque en tu mano, arcángel favorito,
Puso Jehová la misteriosa llave
Del alcázar azul de lo infinito.

Tú me libertarás de tantos males
Como me asedian en funesta copia,
Del vicio y la maldad de los mortales,
De su insana miseria, y de la propia.

De este rebelde polvo impenitente
Quebrantarás las ansias y pasiones;
Y á su instinto mi espíritu obediente,
Ya no hallará ni acechos ni prisiones.

¿Qué me importa su fin? ¿Ni hay fin, acaso,
A las obras de Dios? Ese tembloroso
Desteñido celaje del ocaso,
Es en otro hemisferio oriente hermoso.

Yo seré la verdura de las eras,
Yo el nido abrigaré del pajarillo,
Viviré con el lirio en las praderas,
Daré sombra y sustento al cervatillo;

Y, flor del valle ó junco de los lagos,
Prestarán regocijo al polvo mio
De las aguas y brisas los halagos,
Y servir á la tierra de atavío.

Eso darás á mi mortal despojo,
¡Oh regeneradora de la vida!
Y fin á mis tristezas y mi enojo,
Y á mi alma la patria apetecida.

Y me darás tambien, en tí confío,

Del tan llorado padre, estrechamente,
El amoroso pecho unir al mio,
Y darle paz en la serena frente.

¡Ay! ¿qué será cuando á mis brazos vueles,
Muerta luz de mi hogar, muerta alegría,
Lirio arrancado en flor de mis verjeles,
Sér de mi sér, amor del alma mia?

¡Ay, cómo están desiertos mis balcones!
¿A qué se abre la flor y exhala aromas,
Si el organillo errante alza sus sonos,
Y tú ni te sonríes ni te asomas?

Hijo, tus manecillas como armiño
Ya no buscan mi rostro, ni me inunda
De celeste delicia tu cariño.....

¿Qué soledad es ésta tan profunda?

¡Oh Muerte! por piedad, pues ya no hay llanto
En este corazon, y no me mata
Esta intensa agonía, abre tu manto
Y á los cielos mi espíritu arrebatá.